

EL PELADO

Ramiro González Gainza



Cuando el Pelado cayó tenía la edad que hoy tiene mi hijo Tito, dieciséis, era un pibe.

Había tenido una vida muy muy difícil, tanto que no podría ahondar en esas profundidades hoy sin temor, sin dudas, a que sería una certeza el caer sin red.

Trabajábamos en Ciudad Oculta con Nicolás Nicoloff y Mariel López, éramos un equipo que tenía todo por perder, poco apoyo, el ingreso al barrio por un puntero en cuya casa funcionaba un comedor, donde guardábamos los pocos materiales que nos daba el área de deportes del gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Nuestro programa (ya el término programa suena a despropósito) dependía del asistencialismo incipiente que se organizaba para frenar la debacle de los '90. Todo salía mal, todo era sin apoyo, todo era a cuentagotas, salvo los pibes. Los que ocupaban la canchita con quienes organizábamos y realizábamos nuestra tarea día a día. El Pelado era uno de esos pibes, iba a cuentagotas, pero era un personaje querible y esquivo que hacía de su presencia una potenciación de algunos resortes grupales.

Mucho después del momento que se sitúa este relato el Pelado estuvo en el puente con Ezequiel Demonty. Fue un sobreviviente de aquella noche de 2002 en que los arrojaron vivos en el Riachuelo. La policía los tiró, y no pensó que la supervivencia del Pelado fuera clave para la condena a los cinco policías asesinos. Ezequiel se transformó en un emblema de la lucha contra el gatillo fácil. Por esos días yo seguía en la Oculta coordinando un Club de Jóvenes en Conviven, y en esos días y noches tremendos, el Pelado nos buscó huyendo de la policía que quería eliminar sus huellas. Sabía que lo buscaban. Pudo esconderse, pudo resistir a los embates y llegar al juicio, donde enfrentó al juez con una entereza y certeza gigante, una nobleza insuperable y con sinceridad, respondiendo que sus adicciones lo habían hecho olvidar de muchas de las precisiones que le preguntaban. Pero... pudo decir lo central, la verdad, su verdad, y en ella encerrar cada duda de clase que uno porta, en ella terminar con los dobleces, y doblegar su destino. Igual que Pereira en el "Sostiene Pereira" de Tabucchi, un sólo acto en la vida para redimir muchos grises.

Cuando el Pelado cayó para los pibes no fue una pérdida. Fue decantamiento darwiniano. Fue la crónica anunciada. Fue un diario más con la misma noticia. La supervivencia era lo exótico. Nosotros, los tres educadores, espalda con espalda buscábamos aliados para superar el ostracismo. Pero no podíamos naturalizar la pérdida del Pelado. Su lugar en el grupo era el de chivo expiatorio, claramente todos los males eran achacados a algo dicho, algo hecho o algo fabulado que remitía al Pelado, estuviera o no presente. Él se llamaba Julio Paz, Julito, pero nadie lo nombraba así, era el Pelado para cada habitante del Núcleo Habitacional Lugano, eufemismo para llamar a una parte nueva de la Villa Ciudad Oculta, que da sobre la calle Eva Perón. El Pelado caminaba desarrapado, desprovisto de gracia, ágil, sonriente.

Para su cumpleaños no había fiesta, sus abuelos eran parcos, y detrás de las cortinas uno imaginaba oscuridades y ausencias que en contadas circunstancias narraba en racimos. Ese cumpleaños llegamos a la intimidad con panqueques, festejamos con una velita y su sonrisa, la nuestra, una foto fueron un bálsamo inmenso.

Cuando el Pelado cayó las relaciones sociales, la vergüenza de clase, la inutilidad de una lucha insípida en la cual ni siquiera cobrábamos un salario (resulta que cobramos un año tarde todo junto), todo lo que nos acompaña como coraza y como mochila a los educadores se me esfumó, llegaron dudas e interrogantes. Y una sola pregunta, ¿de qué lado estás?, ¿cuándo queman las papas de qué lado quedas?. Era el mismo interrogante que se hacía Paulo Freire, pero de eso me enteraría varios años después.

Ya lo habíamos vivido una tarde que la policía reprimió sin freno, lo de poner el cuerpo para dar tiempos a que se diluyan los pibes por los pasillos. Pero esto era más complejo, era uno cercano, hacía unos días que había caído. Y con ello, una parte nuestra ya no estaba en la canchita, se nos perdía entre la telaraña de abogados, defensorías, permisos y derechos vulnerados desde siempre. Se nos perdía entre tanta opresión.

Cuando bajó el sol de nochebuena caminé desde mi casa en la calle Rivadavia, un lugar que fue Congreso y se estaba convirtiendo en Once. Caminé hacia el Instituto Belgrano, donde estaba detenido el Pelado. Costó que se abran las puertas, incluso tuve que llegar a hablar con el director. Mi visita era una sorpresa, pero el clima navideño rompía algunos estrictos cerrojos. Su mirada, la charla y un regalo se conjugaron en un lugar clave, tratando de paliar o mitigar la soledad que cercaba la vida del Pelado. Sonrió, con una sonrisa tan prístina y precisa, tan generosa que me rompió. Volví paso a paso con mucho peso. Le había dejado la bandera que el grupo había hecho para él. La sonrisa me llegó tanto, que hoy la recuerdo inmensa, infinita.

Volví a mi nochebuena en familia, volví llevándome su sonrisa y sabiendo que nada que hiciera iba a alcanzar, sabiéndome inútil. Pero apostando a ese instante efímero como válvula. Volví sabiendo que una parte mía quedaba en las oscuridades del Belgrano, volví en cada regalo que abría, a ver su algarabía.

Después de estas dos anécdotas el Pelado murió. No importa cómo ni cuándo, casi como algo esperado y naturalizado. Murió y me enteré mucho más tarde. Sabía que la noticia iba a caer algún que otro día, la distancia hacia adelante de la misma era un bálsamo, y cada tanto me olvidaba, y otras volvía esa mirada.

Así... en ese Instituto Belgrano esa noche sería la foto de como quería ser como educador, donde encontrarme con ese espacio ideal. Así trabajaba yo, así trabajo hoy. Mucho, mucho después de estas historias, el Pelado siento que me acompaña. A veces si me olvido me aparece su sonrisa y se me instala. A veces me gana la bronca, otras el olvido. Algunas pocas una sutil esperanza que lo que los educadores hacemos es una siembra.

Ramiro González Gaínza

Del 11/12 al 23/12/16, prontos a otra nochebuena.-

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO: *González Gaínza, Ramiro (2018); Pelado; en <http://quadernsanimacio.net> ; n° 27; enero de 2018; ISSN: 1698-4404*